

mo sargentos. Para la organización de las tropas, se cree que el Emperador adoptará el proyecto del inglés Robert Hart, director general de las aduanas de China. Según este proyecto, se creará un cuerpo de ejército de 50000 hombres en cada una de las provincias de Pe-tchi-li, Cantón, bajo Yang-tsé y alto Yang-tsé; en cada uno de estos distritos se creará una escuela militar; el armamento y las municiones se adquirirían de los mejores talleres y fábricas de Europa. Al cabo de diez años, China dispondría de 500000 hombres instruidos y bien armados, dispuestos á entrar en campaña.

Es posible que puesta la organización en manos de ingleses, el ejército chino no sea por el momento demasiado temible; pero, más que posible, es seguro que si el ensayo no resulta mal los chinos no se dejarán burlar ya como su nombre indica, y extenderán á las restantes provincias la reorganización militar, llegando á poner sobre las armas más hombres que todos los demás ejércitos del mundo juntos.

No sabemos lo que el destino reserva á nuestros descendientes, pero los japoneses del Oriente y los del Occidente están preparando un incendio cuyas consecuencias pueden ser incalculables.

CRÓNICA DE LA GUERRA

Sitio de Port-Arthur.—Ampliando lo que digimos en nuestra *Crónica* anterior, copiamos á continuación los despachos oficiales del general Stössel, dando cuenta de los hechos de armas ocurridos del 20 al 30 de Septiembre. Con fecha 23, telegrafió en estos términos:

«Tengo la satisfacción de dar cuenta á V. M., que los asaltos del enemigo, durante cuatro días, han sido rechazados por nuestras heroicas tropas, que han causado enormes pérdidas á los japoneses. Desde el 19 hasta las 5 de la mañana del 23, el enemigo bombardeó los fuertes é intentó asaltar los frentes N. y O. y los trabajos de campaña. Todos sus repetidos ataques fueron rechazados. Dos reductos de campaña—el del Temple y el del depósito—fueron completamente destruidos por el fuego de la artillería y quedaron en poder del enemigo, quien también destruyó los depósitos.

«El último asalto contra la *Montaña alta*, ha sido rechazado hoy, á las 5. El enemigo ocupa ahora algunas de las defensas de la posición de la *Montaña Alta* y ha establecido ametralladoras en ellas, que dirigen el fuego á nuestras tropas. El teniente Podgorsky fué enviado á este lugar del campo por el general Kondrachenko, con una columna de cazadores é ingenieros, los cuales, bajo la dirección del coronel Irmann, arrojaron granadas de mano, cargadas de piroxilina, en las obras ocupadas por los japoneses; al estallar los proyectiles, el enemigo huyó lleno de pánico. El capitán Sytcheff, del 5.º Regimiento, persiguió con sus caza-

dores al enemigo en su huida. El coronel Irmann atribuye el mérito principal de haber arrojado enteramente al enemigo de la *Montaña Alta*, al teniente Podgorsky.

«Los japoneses han perdido unos 10.000 hombres. Toda la guarnición está resuelta á defender el baluarte de Rusia en el Extremo Oriente hasta perder la última gota de sangre.»

Con fecha 30, el general Stössel concluyó el despacho anterior.

«Desde los sangrientos asaltos del 19 al 23 de Septiembre, reina una relativa tranquilidad. En la noche del 22 al 23, los japoneses huyeron á la desbandada, abandonando las obras de defensa de la falda de la *Montaña Alta*, de la que fueron desalojados por el teniente Podgorsky.

«El enemigo trabaja con actividad y se va acercando gradualmente. El bombardeo de los fuertes y de la ciudad continúa. Nosotros hacemos continuas salidas.

«El fracaso del último asalto fué debido principalmente á los esfuerzos del teniente Podgorsky, general Kondrachenko, coronel Irmann y capitán Sytcheff. El espíritu de las tropas es heroico. Los heridos abandonan los hospitales y ocupan su puesto en filas.

«Rogamos á Dios nos conceda la victoria, y la salud á V. M.»

Terminados los asaltos á que se refieren los anteriores despachos, el general Stössel dirigió á sus tropas una proclama, cuyo último párrafo es digno de tal caudillo: «Gloria y gracias á Dios. Gloria á nuestra heroica guarnición. Gloria á Irmann, Sytcheff y Podgorsky, héroes los tres. Gloria á nuestros jefes y oficiales, y en especial á nuestros bravos voluntarios que han arrojado al enemigo de las trincheras, destruyéndolas. Dios nos ha permitido rechazar al enemigo. Roguemos á Dios.»

En los centros oficiales de Tokio se ha negado que los japoneses hubiesen tenido 10000 bajas; oficiosamente se ha dicho que el número de muertos y heridos fué de unos 2700.

El II ejército ruso de la Mandchuria.—El ejército que hade operar á las órdenes del general Gripenberg se compondrá de los cuerpos de ejército europeos 4.º, 8.º y 16.º, y del 6.º siberiano, con algunas brigadas de tiradores. De estas fuerzas, sólo el 6.º cuerpo se encuentra en la Mandchuria, al N. de Mukden.

El aumento de efectivos en los ejércitos rusos y japoneses impondrá muy en breve una nueva organización de ambos.

Operaciones en la Mandchuria. (4 al 10 de Octubre).—Continúan las escaramuzas entre las avanzadas, habiéndose iniciado un ligero movimiento de avance de los rusos contra el centro enemigo. Todos los indicios son de que la situación no tardará en despejarse. La proclama que Kuropatkin dirigió á sus tropas el día 2 demuestra que pronto los rusos tomarán la ofensiva.

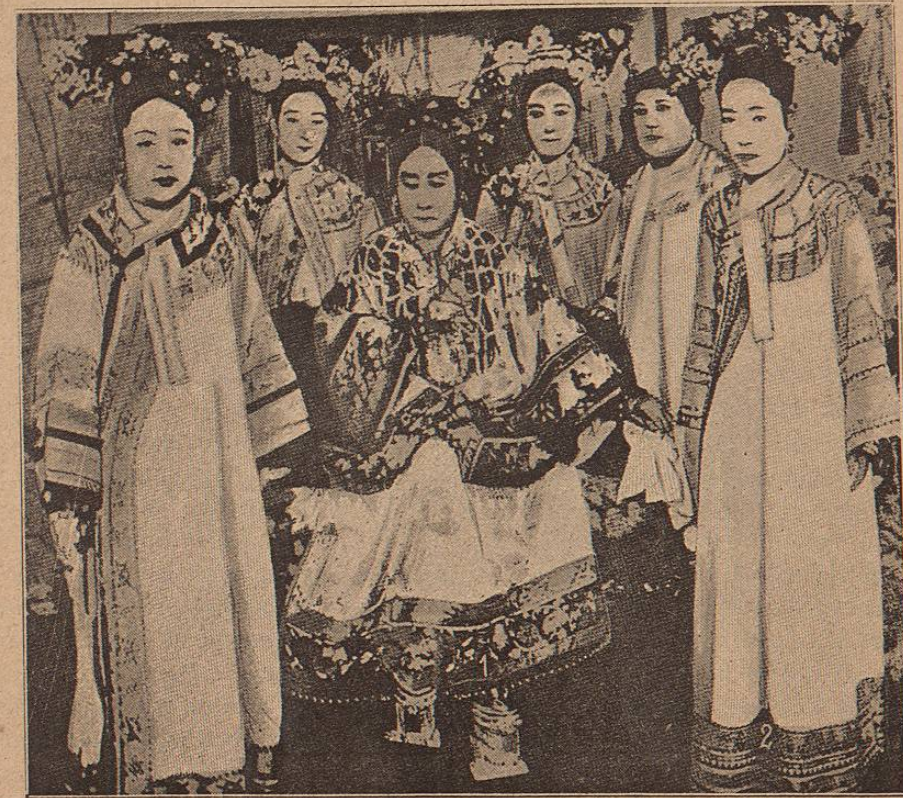
JUAN AVILÉS
Comandante de Ingenieros

12 Octubre, 1904

Imp. CASTILLO.

La Guerra Ruso Japonesa

SUMARIO: Lo que he visto en el Extremo Oriente, VIII, por A. G. Hales.—Las operaciones en la Mandchuria, por el Marqués de Zayas, teniente coronel de E. M.—Batalla de Ta-uan, por Juan Avilés.—La alimentación del soldado ruso.—Máximas de guerra del soldado japonés.—El ferrocarril de circunvalación del Baikal.—Tarjetas postales japonesa.—Crónica de la guerra, por Juan Avilés, comandante de Ingenieros.



La emperatriz viuda (1), de China, y la emperatriz reinante 2)

LO QUE HE VISTO EN EL EXTREMO ORIENTE

VIII (1)

La guerra que sostienen Rusia y Japón no concierne solo á estas dos naciones, sino que decidirá también la orientación política de China propiamente dicha, así como la de Mongolia y en parte también la de la India.

(1) Del *Daily News* del 27 de Agosto.

Si el Japón sale vencedor se convertirá en el maestro del Extremo Oriente, tanto en las artes de la paz como en las de la guerra.

En los últimos ocho meses he viajado por el Japón, China, Mongolia, Siberia y una porción de Rusia europea, y he dedicado una atención especial á informarme de las opiniones predominantes en los pueblos orientales. He hablado con políticos, marinos y soldados, periodistas, sacerdotes, co-

merciantes y gente del pueblo, así en el teatro de la guerra como fuera de él, y creo que no he perdido el tiempo.

Cuando salí de Pekín para la Siberia, seguí el mismo itinerario que Jenghis Khan cuando invadió la China. Después, recorrí el mismo camino que tomó el hijo del gran conquistador para sojuzgar Rusia, Polonia y Hungría; y acampé una noche en el mismo lugar del desierto de Gobi en que alzaron sus tiendas las hordas de Jenghis Kan. Mis camellos bebieron en las fuentes que aquel huracán humano hizo abrir en aquella inolvidable marcha que ha permanecido durante siglos en la memoria de la raza amarilla, y que no se borrará tampoco en los siglos venideros.

Aun hablan de ella los nómadas del desierto, así como los chinos que habitan junto á aquella célebre línea de marcha, porque fué una de las más sangrientas páginas de la historia. Los amarillos no han olvidado ni olvidarán fácilmente que sus ejércitos, conducidos por asiáticos, sometieron á su yugo Rusia, Persia, Polonia, Hungría y una parte de la India. Por eso el «peligro amarillo» constituye una verdadera pesadilla para los rusos. Saben por amarga experiencia de lo que es capaz la raza amarilla, y se esfuerzan para que una segunda invasión no sea posible.

Pero ellos vigilaban á la China y despreciaban al Japón, lo cual fué un error que les está costando muy caro. Esto puede, no obstante, ser la salvación de Rusia, salvación regada con lágrimas y sangre. Nosotros los ingleses no lo podemos comprender; pero si nuestros padres hubieran visto Londres reducida á cenizas; convertidas sus esposas en botín de los invasores; asesinados sus hijos como ovejas en el matadero, no estaríamos tan dispuestos como ahora á gritar: «¡Viva los hombres amarillos!»

Los pueblos asiáticos creen que la invasión de la Rusia europea no sería imposible en los modernos tiempos. De labios orientales he oído que el actual movimiento japonés no es más que el principio de la resurrección del Oriente. Todos alaban ahora al Japón y se alegran de sus hazañas, pero llegará el día en que las naciones occidentales vean en Rusia el dique que ha de contener el desbordamiento amarillo. La marcha de la raza amarilla ha retrasado un siglo la ci-

vilización de Rusia, y la presente guerra tampoco contribuirá á la prosperidad de los moskovitas; al contrario. Si los rusos no supieran lo que se esconde detrás del Japón, no creo que la nación se preocupara de esta guerra, porque Rusia tiene la conciencia de su propia fuerza.

Lo que Rusia teme es la coalición de los pueblos amarillos. La China no es una nacionalidad muerta, sino dormida. He recorrido varios pueblos fronterizos rusos y he hablado con oficiales que han pasado su vida vigilando á los chinos, y sé que el día en que la China se mueva se conmoverá toda la Rusia.

Cierta noche pernocté en un puesto militar de la frontera, y durante mi conversación con el oficial comandante, hize notar que acababa de recorrer una parte de la China y pasado algunos días en la capital, sin haber descubierto ningún signo de preocupación nacional por la guerra ruso-japonesa. «Ese es un procedimiento muy chino —me dijo el oficial;— los chinos no celebran reuniones públicas, ni son aficionados á ellas; la prensa no ventila los asuntos de interés político; pero nos consta que millones y millones de ojos están fijos en lo que sucede en el teatro de la guerra. China es el país de las sociedades secretas—prosiguió— y sabemos cuán temible es ese imperio. Recordamos muy bien, aunque Europa parece haberlo olvidado, que un inmenso ejército de mongoles ocupó la China después de conquistarla; para hacer más llevadera la carga impuesta á los habitantes, cada diez familias tenían la obligación de alojar y mantener un soldado mongol. De pronto, en un día y hora dados, se alzaron los chinos, y desapareció el ejército invasor, sin lucha ni batalla: cada grupo de diez familias estranguló á su hombre, y quedó el asunto concluido. Millones de chinos estaban complicados en aquella conjuración, sin que á ninguno de ellos se le escapara la menor palabra sospechosa. Continuaron su vida normal hasta que sonó la hora, y entonces obraron todos á la vez; lo mismo pueden hacer en lo porvenir, y desprenderse de cualquier yugo que el extranjero les imponga. Lo que nosotros tememos es lo que vendrá después del Japón, si arrojamos los japoneses al mar. Nuestros enemigos de ahora han encendido una antorcha que se convertirá en el faro

que guíe á todos los pueblos del Asia, y nosotros, los rusos, no podemos concebir que dos naciones cristianas, como Inglaterra y los Estados Unidos, hayan inducido al Japón á guerrear. Esta potencia y detrás de ella la China no retrocederán ante la raza blanca; el Japón solo, puede poco contra nosotros».

Los japoneses han llevado con el mayor sigilo sus preparativos belicosos, y es probable que nadie tenga una idea exacta de la magnitud de aquellos preparativos. No solo se dispusieron para una campaña de vera-

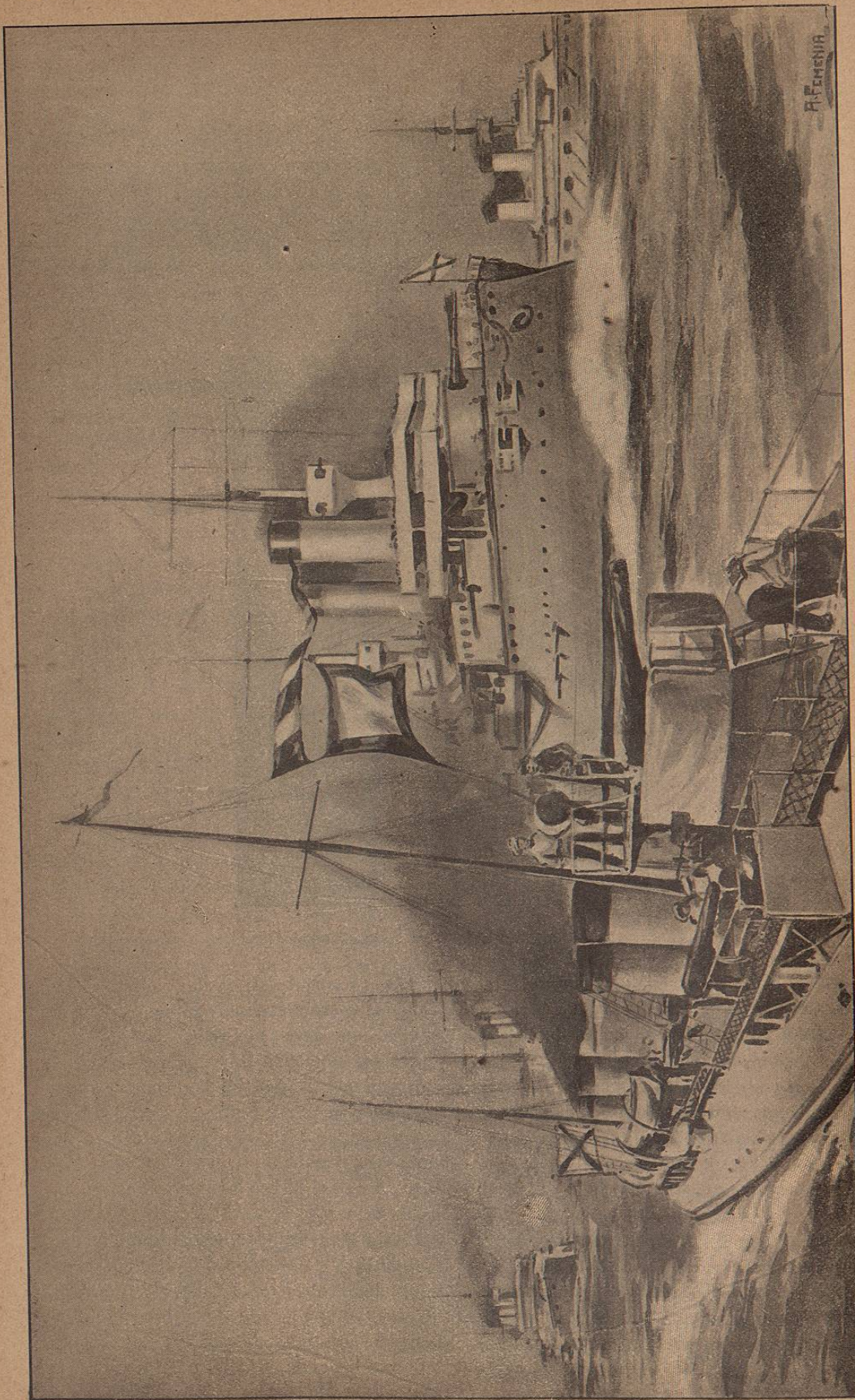
Los japoneses son nuestros aliados y una de los mejores razas guerreras; por lo que yo he visto de ellos, deduzco que se previenen para empresas más transcendentales que la actual. El Japón era una nación sin Dios y sin ideas espirituales; el Mikado aprovechó esta circunstancia, y en lugar de sacerdotes dió fusiles á su pueblo, y tiendas en vez de templos. Los antiguos dioses hacía tiempo que permanecían olvidados en el país de los nipones; los templos estaban desiertos; las tumbas no eran ya sagradas. Los modernos japoneses despreciaron todas esas



El almirante Kamimura con su familia

no, sino también para la de invierno. Yo he visto toneladas y toneladas de géneros de invierno, á punto de ser empleadas. En estas cuestiones los japoneses son próximos parientes de los demás pueblos del Asia, siendo capaces de sonreír bondadosamente mientras afilan su cuchillo. Parece mentira que los rusos, que tienen motivos para poseer una sabia experiencia, se hayan dejado engañar. Ahora, no solo les incumbió la tarea de arrojar á sus enemigos de la Manchuria por la fuerza de las armas—si pueden,—sino que habrán de permanecer en guardia contra una nación inquieta que habrá visto de lo que es capaz una potencia asiática provista del moderno material de guerra.

cosas, sin aceptar tampoco el cristianismo. Solo las cosas materiales preocuparon á ese pueblo, que desde un puesto insignificante entre las naciones ha venido por arte de magia á ocupar uno de los primeros lugares. Todo lo que se refiere á negocios y comercio encuentra campo abonado en el Japón; ese pueblo mira, vé y aprende muy bien. América es su modelo mercantil, Inglaterra su modelo naval, Francia y Alemania su modelo militar; pero ninguno de esos Estados les ha servido de modelo para las necesidades espirituales. Ellos se han forjado una religión para su uso, la religión del fusil, del mismo modo que los islamitas siguieron la de la espada, y ellos irán muy



La segunda escuadra del Pacífico, maniobrando en la rada de Cronstadt

lejos, porque la religión del fusil congregará más pronto ó más tarde á toda la raza amarilla, y probablemente también á la de rostro atezado de la India.

En cuanto ese espíritu se haya extendido un poco más en el Oriente—y las señales que yo he visto me hacen creer que tendrá eso lugar antes de lo que imaginamos—lo mismo Rusia que otras potencias se conmoverán sobre sus cimientos. En la actualidad, la marina británica monopoliza el 90 por 100 del comercio del Extremo Oriente. Antes de diez años, á menos que sobrevenga una gran derrota militar y naval, el 90 por 100 de aquel comercio será llevado en barcos japoneses y, lo que es más grave, el 90 por 100 de la fabricación se producirá en fábricas chinas y japonesas. Detrás de la religión del fusil, que es la única religión que hoy posee el Japón, se alza el dios del comercio, al que adora ese pueblo de materialistas.

Los japoneses trabajan siete días por semana en todas las semanas del año, sin que haya domingo ni día de descanso. La idea que tienen de la divinidad es la de un gran Mikado más fuerte que todas las naciones. Son completa y radicalmente diferentes de nosotros bajo todos conceptos; si se han aliado con nosotros—los ingleses—ha sido solamente por nuestra riqueza. Necesitan el dinero inglés, pero nada más. Desprecian nuestras creencias religiosas, diciendo que nosotros y los demás pueblos cristianos solo nos preocupamos de aumentar nuestro poderío. ¿Con qué objeto—preguntan—si somos cristianos, henchimos el mar con barcos de guerra? Y señalando á los ejércitos franceses y alemanes, preguntan por qué esas naciones, si son realmente cristianas, permanecen armadas hasta los dientes.

Para los japoneses, el cristianismo es una sombra, no una substancia; cenizas apagadas, no un fuego viviente. Ni han copiado ni copiarán la Biblia de los pueblos civilizados, sino que han empuñado el fusil, y cuando un pueblo abraza la religión del cañón es de temer que cause una profunda huella en la historia.

Su gran bravura, su fuerza física, su indomable energía, su temperamento sobrio, su espíritu de economía; todas esas cualidades les hacen doblemente peligrosos porque no tienen freno moral. Una nación de tan

gran vitalidad, y sin idea siquiera de Dios, es una amenaza para la paz del mundo.

A. G. HALES.

LAS OPERACIONES

EN LA MANDCHURIA

En el apasionamiento con que se aprehen y discuten los hechos de la presente guerra ha llegado á afirmarse que el resultado del proceso estratégico fallado en Liao-Yang envuelve la condenación más absoluta de los métodos de guerra alemanes, porque de su observancia fiel y escrupulosa, ante el sistema de la defensiva en todos los órdenes adoptado por el general Kuropatkin, no ha obtenido el mariscal Oyama más que un fracaso completo, iniciador de una serie de futuros desastres.

Puede perdonarse, en gracia al ansia de información, hoy dominante, la ligereza con que se analizan los pormenores de una campaña, mientras se desarrollan acontecimientos que sólo en sus líneas generales son conocidos y se publican siempre fantaseados según el capricho ó las tendencias del que los relata. Es disculpable también que se deduzcan ó vislumbren modificaciones en los procedimientos de combate hoy establecidos en los principales ejércitos, en virtud de especulaciones más ó menos fundadas, ó de experiencias hechas en los campos de tiro y de maniobras. Pero es de todo punto censurable que bajo el pretexto de ilustrar la opinión se falsee la realidad y se saquen conclusiones absurdas.

Cierto es que los alemanes han manifestado en sus campañas gran predilección por el método de la ofensiva vigorosa, tenaz y abrumadora, como único medio de destruir la fuerza y el poder del enemigo; cierto que en ninguna gran guerra se ha llegado á un desenlace victorioso, empleando exclusivamente la defensiva estratégica y táctica. No demuestra esto, sin embargo, que uno ú otro procedimiento tenga que erigirse en sistema infalible, en fórmula universal para obtener el triunfo. Estudiando las obras de Clausewitz y de Moltke, no se descubrirá ninguna regla estratégica absoluta, sino grandes principios que regulan la conducta del general en jefe que en una guerra se ve obligado á *doblegar por medio del combate* la voluntad del adversario, atendiendo en